

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo, 12, 1-8.11-14): *Es la Pascua, el paso del Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *Os he dado ejemplo, para que vosotros también lo hagáis.*

Tanto el atardecer como la noche de este día cobran un color especial, mezcla de luces y sombras, de alegría y tristeza, de esplendor y misterio, muy parecido a lo que produce el verdadero amor. Mientras Jesús se reúne con los suyos para celebrar la Pascua, manifestándoles el amor hasta el extremo, hay otras reuniones que están tramando su muerte. Hasta la misma mesa pascual y mojando en el mismo plato llega la trama y la violencia.

La suerte está echada y los acontecimientos se suceden vertiginosamente a pesar de la aparente calma. En la ciudad, que lleva el nombre de la paz, Jerusalén, la que fundó David asentando en ella los tribunales de justicia, abundan los crímenes e injusticias, la crueldad y el engaño no se apartan de sus calles, día y noche ronda sus murallas la violencia. En Jerusalén se trama dar muerte al Hijo de David, al Mesías, al Señor. ¿Dónde quedan las aclamaciones del domingo de Ramos? La ciudad ha sido tomada con engaño, los dirigentes han acallado la voz del pueblo que gritaba: **¡Hosanna, Hijo de David!** Ellos no quieren servir al pueblo, sino servirse de él para sus propios intereses y por eso lo amotinan contra su rey. Terrible paradoja que da la razón a Caifás, sumo sacerdote, que preside aquel año el Consejo de los rebeldes, cuando les dijo: **«no comprendéis que conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera»**, opinión que alienta el complot para matar a Jesús.

Ya Jesús había enseñado que no hay mayor amor que el que da la vida por el otro. Sus enseñanzas eran parte de su propia vida; su vida entera fue una continua entrega en favor de los otros. Al reunirse con los suyos aquel día antes de la Pascua para celebrar la que Él sabe que será la última cena, pues ha llegado la hora de dar por terminada su obra al servicio del Padre, Jesús se esmera en esta cena de despedida para dejarle algo más que lo que hasta ahora les ha venido dando.

Insiste en que el amor es fundamentalmente servicio en favor de los otros, y les da un ejemplo concreto, les lava los pies. Luego cumple, llena de sentido, la celebración de la antigua fiesta de los judíos, y a los postres les entrega un don divino: en sus manos, el pan y el vino se transforman, y se convierten en su propio cuerpo y sangre por fuerza de su entrega total, de su muerte. Y algo más todavía, a todos ellos, excluido el traidor, les concede la potestad de celebrar eficazmente la misma Cena del Señor. Ellos, sus discípulos, son el primer eslabón de una tradición que Pablo nos recuerda procedente del Señor, y que a su vez el mismo apóstol transmite: **«cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»**.

La institución de la Eucaristía y del Sacerdocio se desarrolló en un ambiente de amor, de servicio a los otros, de entrega personal hasta la muerte, contrarrestando la actitud de violencia y traición interesada que se respiraba en la ciudad. Nada extraño, pues, que también nosotros hoy al participar de la Cena del Señor celebremos el Día del Amor Fraternal.

Jueves Santo es el día del Amor Fraternal, del amor a los hermanos ¿hay algún otro amor que merezca la pena? Lo propio del amor a Dios y a los hermanos, que es lo mismo, es siempre un movimiento, un impulso, una salida de uno mismo para mirar y vivir desde el otro, al que servir y con quien vivir. El amor a Dios son sus Buenas Manos, que nunca retienen a nadie, sino que se abren para que vayamos a los demás.

Jueves Santo es el día en que nos habla Dios. Es la Historia Salvadora de su Palabra que se muestra de modo total en Jesús. Él es el culmen de la cercanía y el encuentro entre Dios y los hombres. Y es que Dios habla como Padre a las personas. No pasa de largo, se queda siempre entre nosotros salvando. Amándonos en plenitud, nada de a medias, Él crea familia y comunidad, Vivir en Dios es estar en camino, sin detenerse, trayendo justicia y verdad, rompiendo las cadenas, haciendo fiesta que recordar y festejar.

Como cada Jueves Santo, el evangelio nos sorprende y cautiva. El Amor de Jesús es hasta el extremo, sin cálculos ni previsiones. Un Amor sin palabras, para que no se puedan mal interpretar. Un Amor hecho gesto y acción *“hecho vida”*. Repasemos las acciones de Jesús en aquella Cena: sabiendo que a Dios volvía... se levanta, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua, se pone a lavar los pies, se los seca... ¡tareas de esclavo!, o lo que es lo mismo, las pruebas de que el Amor es abajamiento, cercanía, entrega y servicio.

Formamos parte de una Tradición, de una Vida recibida que debemos compartir y anunciar. Nuestra tarea es anunciar la entrega de Jesús, Cuerpo y Sangre, a las personas. Un anuncio que a sus seguidores nos vincula y compromete a actuar como Él: no amarnos de cualquier modo, no, sino hacerlo **«como Yo os he amado»**. Amar como Jesús nos ha amado, esa es la tarea de nuestra vida como seguidores. Hay que mirar, volver a mirar, para meterlo bien dentro, y ver que el Amor de Dios en Jesús es siempre entrega y servicio hasta dar la vida.